

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan Hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

LA DESDICHA

EN EL FAVOR.

I.

EL CONVENTO.

Una noche de enero del año de 1630 despues de las once, dos hombres embozados en sus largas capas y con el sombrero calado hasta las cejas, se hallaban parados á la puerta del convento de las Huelgas de Burgos. El frio era intenso, y la luna se dejaba ver de vez en cuando al traves de oscuras nubes que tambien por intervalos despedian torrentes de agua. A favor de la claridad del astro de la noche, única que alumbraba la solitaria calle podian distinguirse confusamente las facciones de los dos misteriosos personajes y aunque no tanto que bastára para hacer de ellos un retrato fiel, lo suficiente para advertir que el uno, alto, seco y con cabello cano, podría tener ya sesenta años, cuando su compañero de pequeña estatura y sin poblar la barba, no contaria quizás ni veinte. El anciano llevaba larga espada pendiente del cinturon, señal indudable de que pertenecía á la milicia ó la nobleza; el otro estaba desarmado y los dos mostraban impaciencia, efecto sin duda de que tardaban en abrir la puerta del convento donde repetidas veces habian llamado.

— Por Santiago mi patron! dijo el mas viejo tirando con violencia de la cadena de la campana, que las madres duermen como difuntas; si no temiese dar un escándalo ya habria traído una docena de mazas que echasen la puerta abajo.

— No estrañe vuestra merced, repuso el compañero con voz afeminada que no nos oigan: la hora es intempestiva y como no están acostumbradas á visitas de esta especie....

— Tampoco yo estoy acostumbrado á sufrir los rigores de la estacion en medio de las calles y llevo mas de media hora aquí con una noche de perros; yo! el duque de Med....

— Silencio, señor, que pueden oiros y no seria prudente....

— Teneis razon; el buen servicio de S. M. me impone la obligacion de ser discreto.... pero llamemos otra vez y llamemos sin cesar á ver si logramos que despierte alguien.

— Creo que no es necesario, continuó el jóven, veo por las rendijas de la puerta atravesar una luz, y no puede ser sino la madre tornera que nos haya oído y venga á informarse de quien somos.

En efecto aun no habia acabado la frase el que hablaba, cuando una voz chillona y en la que desde luego se conocía el mal humor producido por una intempestiva interrupcion de sueño, preguntaba por una ventanilla que con su correspondiente celosia, daba sobre la puerta,

— ¿Quién es? ¿Quién llama á estas horas? ¿Qué se ofrece?...

— Madre tornera, dijo el jóven esforzando la voz; tenemos precision de hablar ahora mismo á la abadesa.

— Yo no soy tornera, replicó la monja siempre de mal humor; la madre tornera está enferma y yo soy Sor Patrocinio de la Encarnacion, que la he sustituido nada mas que interinamente.

— Todo eso no nos importa un ardite, replicó el duque, (ya sabemos que era duque el mas anciano) lo que queremos es que avise Sor Patrocinio ó cualquiera, á la madre abadesa y la diga que deseamos hablarla.

— A estas horas es imposible y luego ¿quien son vuestras mercedes para venir con tamaña pretension?

— Quien somos lo diremos á la abadesa, á vos solo tenemos que pedir que en el desempeño de sus interinas funciones tenga la bondad de avisarla diciendola que un pariente suyo quiere verla al punto.

— Un pariente! será vuesa merced por ventura....

— He dicho que no puedo deciros quien soy.

— Entiendo, entiendo; pero no estrañeis....

— Nada estraño, solo os ruego que os deis prisa.

— Voy, voy al punto... Un pariente! Antes que despertar á la madre abadesa, que ha de tardar en vestirse, me parece prudente que entren en el locutorio. La noche está muy fria y la calle húmeda y solitaria.

Pocos minutos despues, la puerta se abrió dando paso á nuestros dos desconocidos. El mas jóven entró delante pero tan tapado el rostro con la capa y tan encasquetado el sombrero, que fueron inútiles las diligencias de la monja para verle la cara; el duque por el contrario sin recatarse se quitó el embozo y con aire desembarazado siguió á su compañero hasta el locutorio donde tomaron ambos asiento mientras que Sor Patrocinio fué á buscar á la abadesa.

— Estas monjas á todas horas tienen ganas de conversacion, dijo el anciano; si la damos tela nos tiene toda la noche á la puerta.

— Que quereis señor, las pobres viven encerradas entre cuatro paredes sin ver á nadie... sin....

Un profundo suspiro ahogó la frase, y ambos quedaron en el mayor silencio: mas de media hora habia pasado cuando se presentó la abadesa; al entrar en la sala quiso hacer una esclamacion, pero la contuvo una señal del duque; entonces despidió á la portera y cuando quedaron solos corrió á arrojarle en los brazos del anciano.

— Mi querido tio! dijo, ¿cómo habia yo de imaginar semejante dicha?

— En efecto no era de presumir que yo me hallase aquí ahora; pero así lo ha dispuesto el que puede mas que nosotros.

— Según eso venis de parte del Rey?

— Así es; vengo á desempeñar un triste encargo. Entérate de esos papeles y cumple la orden de S. M. como yo la he cumplido.

El jóven que habia acompañado al duque y que permanecía inmóvil en la silla como absorto en profundas meditaciones, sacó el pañuelo para enjugarse una lágrima que corria por sus mejillas. La abadesa leia con la mayor ansiedad notándosele por momentos crecer su agitacion. Por último volviéndose al duque le dijo: «Aquí hay un pliego cerrado en cuyo sobre se previene que no se abra sin una

espresa órden del rey, ó hasta despues de su muerte, si antes la órden no ha venido. Cumpliré fielmente cuanto se me manda.»

—Nuestro buen monarca, dijo el anciano, cuenta con tu discrecion.

—Oh! puede estar seguro de ella.

—Así se lo he prometido yo.

—Y me direis ahora, tío, continuó la abadesa; donde se halla la persona que se me encarga guardar aquí entre estos muros?

El duque señaló á su compañero:

—No te asustes, le dijo á la sobrina viendo su estrañeza pintada en su rostro; es una muger y una muger desgraciada.

—Ah sí! muy desgraciada!! exclamó la jóven arrojando la capa y el sombrero que la disfrazaban y queriendo echarse á los pies de la abadesa que la recibió en sus brazos:

—No os aflijais, hija mia, la dijo esta, si el mundo ha sido el ingrato con vos, aquí encontrareis una amiga sincera, y el consuelo que dá Dios á sus criaturas; Dios que es mas justo que los hombres.

Un sollozo fué toda la respuesta que puó articular la jóven.

El duque enternecido de aquella escena, queriendo sin duda poner fin cuanto antes á una comision que le era tan violenta, se apresuró á despedirse. «A Dios, sobrina mia, dijo á la abadesa; escuso recomendarte á esta jóven porque te conozco bien y sé que á tu lado su cautiverio será dulce; por eso he inclinado el ánimo de S. M. para que te la confie. En cuanto á vos señora, tened esperanza; acaso no está lejos el dia que os hagan justicia y podais volver al mundo á disfrutar de las delicias con que os convida vuestra hermosura y vuestra juventud. Quien sabe si en breve se abrirán estas puertas....»

—Si se abrirán, señor, pero será para darme paso al sepulcro... Dios mio! Dios mio!... Concededme fuerzas!!!... Y cayó desmayada en los brazos de la abadesa.

Despues de prodigarle los necesarios auxilios y cuando hubo vuelto en sí, el duque se retiró y la abadesa la condujo á una magnífica estancia adornada con un lujo propiamente régio.

—Esta es, dijo la abadesa, la celda que os destino.

—A mi, señora?... Es demasiado lujo para una infeliz prisionera.

—Esta es la habitacion, añadió la religiosa, que tenemos preparada para cuando viene al convento alguna persona real. En ella os han precedido doña Sol, doña Leonor de Castilla y otras infantas de Castilla y de Leon.

—Yo no soy ninguna infanta, no soy mas que....

—Sé muy bien quien sois, interumpió la abadesa y sé que mereceis ocupar este aposento. ¡Ojalá estuviese en mi mano el remedio de vuestras penas, como el deseo de dulcificarlas!

—Y yo, señora, os pagaré con gratitud eterna tamañas bondades.

Las dos se separaron hasta el dia siguiente.

II.

LA PORDIOSERA.

Quando gobernaba la monarquia española, el buen rey Felipe IV, nieto y sucesor del segundo de su nombre, pero no heredero de sus talentos, andaba por sus calles de Madrid una jóven que cantando romances ganaba escasamente para no morir de hambre; divirtiendo á los ociosos á quienes la falta de dos reales impedía acudir al corral de la Cruz á aplaudir alguna de las producciones del fecundo Lope de Vega, ó del inmortal Calderon que entonces empezaban á adquirir popularidad y renombre. El teatro donde nuestra heroína lucia sus habilidades, era por lo comun los portales de la plaza mayor, en aquella época mas concurridos que ahora, puesto que servian para pasear, principalmente en las tardes lluviosas de invierno. No consistia solo en cantar la habilidad de Maria, así se llamaba la jóven, sino que tambien representaba, sobre todo las vísperas de las grandes solemnidades que á ejemplo de los teatros solia recitar algun auto ó loa análoga á la festividad que se celebraba. Así ganaba la vida Maria y así pasó desde la edad de diez años que quedó huérfana de padre y madre hasta la de diez y seis en que empieza este relato. Como sus necesidades eran

pocas, pronto se veian satisfechas. Un refago de bayeta en el invierno con un pañuelo de lo mismo; un zagalejo de indiana y pañuelo de yerbas en el verano, con un mantón de muselina blanca para el calor y de estameña para el frio, he aquí su ajuar, debido en parte á la piedad de algunas señoras que la socorrian. Mas á sin embargo pasaba sus apuros; el público se habia acostumbrado á oirla y ya no la hacia caso, porque el público es voluble y se cansa pronto de todo; las limosnas escaseaban y las necesidades crecian, pues á medida que tenia mas edad, causabale mayor vergüenza su traje desaliñado y á veces sucio y roto.

Una noche, víspera de navidad, se hallaba Maria á las once y media sentada con su guitarra frente á la puerta de san Isidro en la calle de Toledo, esperando que fuese la gente á la *misa del gallo*, para ver si cantando algun villancico alcanzaba lo bastante siquiera para no desfallecer de necesidad, pues por uno de esos contrastes que son tan comunes en la vida del desgraciado, ni un solo bocado de pan habia probado en aquel dia, en que mas que nunca ostenta Madrid su abasto de comestibles; ni un alma habia encontrado Maria que la escuchára ni socorriera; ocupado todo el mundo en hacer provisiones, los gritos de la abundancia habian ahogado la voz de la miseria.

El movimiento de los coches y de la gente que empezaba á salir de sus casas para acudir á los templos, sacó á Maria de una especie de letargo en que habia caído; su imaginacion contemplaba la bulliciosa alegría de los transeuntes y las lágrimas corrian con abundancia de sus ojos, porque Maria tenia un corazon sensible. «Quizás, decia con amargura, yo soy única que en tan solemne noche se acuesta en Madrid sin cenar.» En vano queria la infeliz ensayar alguna cancion, el dolor le quitaba las fuerzas y la debilidad ahogaba su voz.

Tal era el triste estado de Maria cuando acertó á pasar un suntuoso coche; entonces maquinalmente y como guiada por un instinto de que ella misma no hubiera podido darse cuenta, corrió al carruage, y con voz sobrenatural «Señor, exclamó, me muero de hambre, una limosna per Di...» No pudo acabar y cayó desmayada casi bajo de las ruedas.

Iba dentro del coche un caballero jóven y de buen porte que inmediatamente mandó parar, se apeó y reconociendo el triste estado en que Maria se hallaba, la prodigó todo género de auxilios, hasta que volvió en sí; entonces metiéndola en el carruage la preguntó donde vivia para conducirla. Atónita Maria sin acertar á comprender lo mismo que estaba viendo, y aturdida aun por efecto de la caída y las emociones que la habian precedido, dió las señas de su miserable albergue, en la calle de la Paloma, y se dejó conducir sin hablar palabra. Cuando llegaron á la puerta bajó el primero su libertador, y haciéndola descender, quiso acompañarla hasta dentro; algo mas despejada Maria se ruborizó con la idea de la pobreza de que iba á ser testigo, y le suplicó no se molestara, pues ya se sentia buena, añadiendo que solo deseaba saber el nombre de la persona á quien debia la vida. El caballero instó de nuevo, pero viendo que ella repugnaba, mandó al lacayo que la acompañase, y le dijo: «No insisto por no causaros disgusto; quereis saber mi nombre y no puedo negaros esta demanda; me llamo Nuño, mañana subreis lo demas.» Maria le besó la mano, quiso arrodillarse, pero él no lo consintió, la obligó á que se apoyara en el brazo del criado, y la despidió deseándole su completo alivio y una buena noche.

Quando Maria quedó sola reparó que el lacayo habia dejado un bolsillo lleno de monedas de plata y de oro sobre la mesa, sin duda por encargo de su amo, y estuvo á punto de volverse loca de alegría. La costumbre que tenia Maria de vivir de la caridad pública le hacia mirar este rasgo de generosidad como una providencia, sin dar mas importancia á la limosna que la que de suyo tenia por el crecido valor; así pues, al dia siguiente empezó á usar de la bolsa que tan generosamente le habian dado para proveerse de lo mas preciso. Cubiertas las primeras necesidades le ocurrió la idea de irse á vivir á otro parage mas cómodo; pero una reflexion la detuvo; su protector le habia dicho que aguardase al otro dia, y no era prudente mudar de domicilio, porque Maria sin saber por qué pensaba en el jóven que la habia socorrido y pensaba tanto que hasta la entristecia la idea de no volver á verle.

Tres dias se pasaron en los cuales Maria estuvo inquieto

ta y desasosegada, nada le faltaba, jamás se había visto con tanto dinero junto, y sin embargo no era feliz. Hay secretos en el corazón humano que ni pueden explicarse, ni comprenderse.

Al cuarto día por la mañana recibió un billete cerrado por conducto de una mujer de la vecindad, de quien se se había servido para algunos recados desde que era rica; lo abrió, y al punto leyó lo que sigue:

«Me he informado de quien sois y de la manera como ganais la vida; me intereso mucho por vuestra suerte, y si os conviene puedo proporcionaros una plaza de dama en el teatro, que os ponga al abrigo de la miseria y os facilite los medios de adquirir renombre luciendo vuestro brillante talento. Si aceptais, mudad de habitación, alojaos decentemente, y el mismo director de la compañía irá á haceros las proposiciones.—

Nuño.

María repitió varias veces la lectura del billete sin acertar á comprender bien su contenido. Ella dama del teatro y solicitada por el mismo autor de la compañía... esto era una felicidad superior á cuanto su imaginación hubiera podido idear nunca, porque María era una verdadera artista por inclinación, y tenía grande apego á sus hábitos; María cantaba y representaba en las calles para ganar la vida; pero preciso es decirlo, también lo hacía por inclinación. Una cosa le mortificaba en el contenido del billete; su protector no dejaba entrever intención ni proyecto alguno de verla, sin embargo contestó al punto que estaba no solo conforme sino gustosa en abrazar la nueva carrera con que se le brindaba, y que en ello como en todo seguiría los consejos de quien tanto interés tomaba por su suerte. En seguida alquiló un cuarto en otra calle mas principal, lo amuebló decentemente, se proveyó de ropa análoga á su nueva posición y esperó la visita del director del teatro. No se hizo este esperar mucho, y fueron tales sus proposiciones, que María no tuvo que hacer sino aceptar, costándole no poco trabajo disimular su excesiva alegría. Cerrado el ajuste, el empresario dejó á María el importe de un trimestre, cantidad suficiente para que ella se juzgase mas rica que una reina, y se despidió comunicándole que al día siguiente le enviaria el papel de la comedia en que debía presentarse por la primera vez.

María se dedicó al estudio con una afición, con una constancia maravillosa, y fueron tales sus progresos, gracias á las lecciones de Calderon de la Barca, autor de la pieza, que nadie dudó, en vista de los ensayos, de su completo triunfo. Legó en fin el día deseado, todas las localidades estaban llenas, María se presenta y un aplauso general resuena en todos los ángulos; á cada palabra, á cada escena los aplausos y los bravos se repiten, y María entusiasmada perdido el miedo del primer momento, hizo prodigios.

Ocupada de sus triunfos no había reparado en un joven, que modestamente vestido y colocado entre bastidores, á veces seguía con los ojos todos sus movimientos, y otras distraído y preocupado parecía meditar algun proyecto. Este joven era Nuño que disfrazado para no ser conocido, y sin perder de vista á su protegida, no había querido presentarse á ella para no humillarla hasta tenerla asegurada una posición brillante é independiente.

Cuando la función concluyó se dió á conocer, y María creyó sucumbir al peso de tanta dicha en un mismo día; la pidió permiso para acompañarla, que ella le concedió graciosamente, y desde este día las relaciones de María y Nuño fueron mas íntimas, aunque cubiertas de un impenetrable misterio.

Una noche, porque de noche y á deshora era cuando los dos amantes se veían, Nuño estaba triste y abatido como si le dominase una pena profunda. María quiso saber la causa y despues de muchas instancias:

—Te pierdo para siempre, la dijo su amante.

—¿Cómo exclamó ella; ¿me abandonas, te vas?

—Abandonarte! jamás! Es peor aun nuestra desgracia.

El rey quiere verte, ha oído celebrar tu talento y como sabes su afición al teatro, ha mandado disponer una función extraordinaria en el palacio del Buen Retiro con el solo objeto de oírte. Yo conozco al rey y sé bien las consecuencias de esta disposición. Tendrás que ser su querida y yo... moriré de dolor.

—Que mal me conoces, Nuño, piensas que aun cuando el rey ponga á mis pies su corona podría yo olvidarte por él; á ti que me has arrancado de los brazos de la muerte, que me has sacado de la miseria para hacerme feliz?... Aprende á juzgarme... ni el rey de Castilla que es poderoso, ni todos los reyes juntos podrán robarte mi amor. Está tranquilo y vive seguro de que el corazón de tu María solo late por ti.

—Lo sé bien; pero eso no basta, tú no conoces la corte, tú no sabes que es la voluntad del rey. Que importa que tu corazón sea mio; tendríamos que renunciar el uno al otro, porque el rey aunque no te ame querrá ser solo y castigaria con la muerte al que supiese había osado poner los ojos en ti. Nuestro amor es un secreto que es preciso que baje con nosotros á la tumba, porque si mis temores se realizan, entonces sería un crimen que nos haria pagar bien caro el caprichoso monarca.

—Yo creo que te alarmas sin motivo; ¿porqué has de suponer que en el hecho de verme el rey se ha de enamorar de mí?

—Ah! no lo dudes; se enamorará; lo conozco bien.

—Pues entonces aun hay un medio: esa función no puede verificarse antes de dos ó tres días: tenemos tiempo para huir, vámonos á Francia y gozemos allí del placer de querernos sin que nadie turbe nuestra dicha... ¿Callas? no me contestas?

—Imposible: el mundo me acusaría de mil delitos, ignorante de la verdadera causa de mi huida: además perder mi posición, renunciar á las esperanzas de un porvenir que se anuncia bajo tan felices auspicios!...

Es verdad, interrumpió María, y eso por mí que hace dos meses imploraba la caridad pública por las calles! Yo soy una loca en imaginar... Pero quién sabe!... No sé por qué presentimiento el porvenir que á ti tanto te halaga á mí tanto me estremece: ¿quién te ha dicho que esos honores, esas riquezas, esa gloria á que aspiras no podrán ser precursores de tu desgracia. La amistad de los reyes, Nuño, es muy efímera y suponiendo que logres realizar tus proyectos, el favor te grangeará enemigos, la envidia te tenderá lazos y si logran derribarte la caída será terrible. Vuelve atrás el rostro, medita la suerte que ha cabido al duque de Lerma. á Rodrigo Calderon, al duque de Uceda y á tantos otros que decapitados ó proscritos han pagado con lágrimas de sangre su pasajera privanza.

—No temo nada; conozco al rey y á los que le rodean; solo temo perderte... y ¿quién sabe? No será mas seguro el éxito de mis planes si el rey se enamorara de ti?

—Ah! don Nuño, exclamó María sollozando, todo lo comprendo ahora! La ambición os ciega, Dios permita que algun día no sea causa de vuestra ruina.

(La conclusion en el número inmediato.)

OBSERVACIONES

sobre la vitalidad y mortandad humanas.

La vida media en general se computa de 33 años; pero varia segun la salubridad, moralidad, alimentos y otras circunstancias de los pueblos.

Sabido el número de muertos ó de nacidos en un pueblo cualquiera en el termino de un año, y la vitalidad comun en ese pueblo, puede saberse aproximadamente el de sus habitantes naturales, multiplicando uno ú otro de los dos primeros por el de la vitalidad; y al contrario, dividiendo por este el de dichos habitantes, se puede saber á corta diferencia el de los muertos ó nacidos en dicho tiempo.

Al año nace uno por 30 individuos, y muere uno por cerca 34.

De los recién nacidos muere uno al menos de cada 40 en el primer día. En los cinco días siguientes colectivamente, también uno de 40. En diez días, una décima parte del total. En un mes y medio, la sexta. En un año, la cuarta. En seis años mas de una tercera. En 20, la mitad. De cada cien partos nacen dos infantes muertos ó espirando; de cada cien mugeres paridas europeas muere una, y de americanas una de cada mil.

El número de varones nacidos es al de las hembras, como 26 á 25; el de sus muertes como 27 á 25; pero de los 15 los 25 años se equilibran los dos sexos.

Si se supone, dice el Sr. Antillon, que el número total de los hombres llega á 700 millones, que la relación entre los muertos y los vivos es de 1 á 33, y la de entre los nacimientos y los vivos de 1 á 29 $\frac{1}{2}$, se hallan los resultados siguientes para la totalidad del globo.

Epocas de los tiempos.	Nacimientos.	Muertes.
En un año	23,723,813	21,212,121
En un día	65,010	58,120
En una hora	2,708	2,421
En un minuto	45	40
En un segundo	$\frac{3}{4}$	$\frac{2}{3}$

De aquí se sigue que el número total del género humano no podía aumentar todos los años con 2,516,692 individuos si las guerras y epidemias no lo estorbasen.

Mueren mas personas de noche que de día en la proporción de 3 á 2. — De cada 10,000 solo uno llega á 160 años: de 500, uno solo llega á 80; de 100, solo 6 llegan á 60.

Por cada 85 muertes ordinarias sucede una repentina, y esta sorprende notablemente mas hombres que mugeres.

Medio de preservar los muros de la humedad.

Por M. Silvester.

El procedimiento imaginado por el autor consiste en hacer los ladrillos impenetrables á la humedad del modo siguiente: se disuelven 280 gramas de jabon en 4 litros (*) de agua, y se estiende esta mezcla sobre los ladrillos con una brocha ancha, teniendo cuidado de no producir espuma; se dejan secar durante veinte y cuatro horas, y despues se prepara una solución de 186 gramas de alumbre en 16 litros de agua, la cual se aplica sobre los ladrillos. Esta operacion debe hacerse en tiempo seco y caliente.

He aquí los resultados obtenidos por este procedimiento. Un mes despues del ensayo practicado en una casa inhabitable por efecto de la humedad á pesar de haberse empleado ladrillos de buena calidad, sobrevino un fuerte viento del Sud-Oeste acompañado de una lluvia que duró cuarenta y ocho horas; los muros ordinarios se hubieran penetrado, pero el revestimiento de ladrillos preparados ha opuesto en esta circunstancia un obstáculo eficaz á la sufiltracion del agua y ha resistido perfectamente. Los muros preservados de este modo han sufrido despues otros aguaceros sin que se haya manifestado señal alguna de humedad.

(Civ. engin. Journal 1844.)

Las riñas entre dos amantes.

Gran cosa es ver dos amantes
Que como dos monos son,
Que cuando llegan á riña
Muy armados de furor,
Se tocan y no se muerden,
Y luego juegan los dos:

Quen no hay enojo que dure
Entre los que bien se quieren,
Habiendo ruegos que ablanden
Y terceros que aconsejen.

MORETO: El Caballero.

(*) En el nuevo sistema de medidas francesas, figura el litro como unidad de las de capacidad. Corresponde á un cubo ó dado cuyas aristas ó esquinas tienen de largo un decimetro ó sean 4 5967 pulgadas españolas y equivale á 0 21589 de celemin, pudiendo contener aproscimadamente 1 98289 cuartillos de vino ó 1 98974 libras de aceite.

Tambien equivale el litro con suma aproscimacion á la cuarta de que se hace uso en Mallorca para medir el vino y los aguardientes

N. de la R.

EL GIRASOL Y EL CHAPARRO.

—o—

Fábula.

En un jardin ameno de verjas circundado
Alzabase orgulloso brillante girasol,
Que ufano y engreido con su matiz dorado,
Miraba con desdeno del alba el arrebol.

De hojas escasa y ramas, una muy tierna encina,
Al girasol altivo no osaba contemplar,
Pues este al ver su tronco de apariencia mezquina,
Al modesto chaparro gozabase en ajar.

« Escucha, dijo un dia con insolente tono
A la jóven encina el de la rubia tez;
El sol que tanto luce en su radiante trono
Me presta sus colores y me da robustez.

« Mas tú, pobre arbolillo de miserable vida,
Te arrastras por el suelo sin pompa y sin verdor,
Y si á posarse viene en tu frente abatida,
Del sol nunca resistes el vivo resplandor.

« Cuatro estaciones mas, y á la celeste esfera
Mi frente esplendorosa con gracia elevaré,
Mientras tú prosiguiendo tu pesada carrera,
Moverás con trabajo el perezoso pié.

— Engriate tu suerte, le respondió el chaparro,
Que presto rudo viento á vengarme vendrá,
Pues mientras tú parezcas sumergido en el barro,
Lozana y vigorosa mi frente se alzará.

Tres años he vivido, y en mi tardía infancia
A tu abuelo y tu padre he visto fallecer,
Que es necesario sepas, mal grado tu arrogancia,
Que quien se aleva pronto, muy pronto está á caer!»

Así dijo el chaparro, y con su frio aliento
De la orgullosa planta el tallo fué á agostar
El nebuloso otoño, sin que pujante el viento
A la encina una hoja lograrse arrebatara.

Yo veo girasoles, no solo en el parnaso;
Los hay en el ejército... en las artes tambien,
Que aunque de ciencia infusa y de talento escaso,
Arrojan á la encina miradas de desden.

La prensa les alaba y les sonrie leda;
El vulgo les prodiga su necia admiracion;
Pero mueren á poco, mientras la encina queda
Para gloria del mundo y honra de la nacion.

J. MANUEL TENORIO.

(Revista Pintoresca del Globo.)

EPIGRAMAS.

Varias personas cenaban
Con afan desconcertado,
Y á una tajada miraban
Que habiendo sola quedado
Por cortedad respetaban.
Uno la luz apagó
Para atraparla con modos;
Su mano al plato llevó,
Y halló las manos de todos
Pero la tajada no.

Cuando Polonia del ruso
Fué presa bárbaramente,
El buen Miró (D. Clemente)
Un poema la compuso.

Mas quedó tan mal parada,
Que el mismo autor anunció:
« Polonia sacrificada
Por D. Clemente Miró.»

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

Imprenta de P. J. UMBERT.